

LA BROMA.

Año I.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardon para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Enero 5 de 1878.

Publicacion que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los gringos,
Los sábados... ó hablando claramente....
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 12.

Ropa vieja.

El sombrero del padre Abregú.

(TRADICION.)

Hace pocos años que, semanalmente, en la tarde del sábado y en la mañana del lunes, veíase, en el trayecto de San Pedro á la portada de Guadalupe, á un clérigo de la Congregacion de San Felipe Neri cabalgado en una mansísima mula y cubierta la cabeza con el clásico sombrero de teja. Era el eclesiástico un viejecito enclenque, tanto como la mula que lo sustentaba, y su cargo de capellan de la ermita del Barranco, á una milla del aristocrático Chorrillos, le imponía la obligacion de ir á celebrar allí la misa dominical.

Hasta 1835 había el padre Abregú acostumbrado, como todos los sacerdotes cuando viajan, usar un jipijapa mas ó ménos *guarapon*; pero desde aquel año adoptó el sombrero de teja y la mula tísica para sus escursiones al Barranco. Imagínense ustedes la ridícula figura que haría el santo señor. El lápiz de Pancho Fierro, el espiritual caricaturista limeño, ha inmortalizado la *vera esfigies* del padre filipense.

¿Pero por qué el virtuoso y respetado Abregú cabalgaba con sombrero de teja? Van ustedes á saberlo.

I.

Quando el General Salaverry, allá por los años de 1835, se alzó con el santo y la limosna, pasó Lima por conflictos tales que hubo día en que se vió la cápital como moro sin señor; y hasta un jefe de montoneros, el negro Leon, se posesionó del Palacio, se arrellenó en el sillón de los Presidentes de la República y, aunque por día y medio, gobernó como cualquier mandarin de piel blanca. Es decir que dió un puntapié á la Constitucion y que hizo alcaldada y media.

Con la mascarilla de partidarios de una causa política, los bandidos ejecutaban mil fechorías y estaban esos caminos intransitables para la gente pacata y honrada. Agustín el Largo, Portocarrero el Corcobado y demás jefes de montoneros eran los hombres de la situacion, como hoy se dice. Historias de robos, asesinatos y otros estrupicios en despoblado, eran la comidilla diaria de la conversacion entre los vecinos de la capital, que no se atrevían á salir fuera de murallas sin prévio acto de contricion, ya que no oleados y sacramentados.

Un sábado de esos, con poncho sobre la sotana y un jipijapa en la cabeza, iba nuestro padre Abregú camino del Barranco, cuando de una encrucijada, fronteriza á Miraflores, salieron doce ginetes, armados hasta los dientes, y rodearon al viajero que montaba un bonito caballo.

—¡Pié á tierra! —le gritó el capitán de aquellos záfios, apuntándole con un trabuco naranjero; y sin esperar nueva intimacion apeóse el clérigo.

—Diga usted ¡Viva Orbegoso!

—¡Que viva! —balbuceó el padre — y que sea por muchos años.

—¡Bien! Ahora que lo registren.

En un santiamen, dos ágiles y prácticas manos le sacaron del bolsillo tres pesos en moneda menuda y un relojillo de plata.

—Hombre, sobre que estoy por fusilarlo á usted — dijo el jefe de la cuadrilla al ver lo exiguo del botín. — Es mucha desvergüenza salir de paseo y no traer encima mas que esa miseria.

—Señores, yo soy sacerdote y un pobre capellan no es un potentado.

—Hombre! Había usted sido pájaro de cuenta; pero conmigo no vale tener letra menuda. A ver, muchachos, tráiganlo al monte para formarle consejo de guerra.

El capitán de la cuadrilla era un español que había servido en la division de Monet, en la batalla de Ayacucho, y á quien sus compañeros conocían por el apodo del *Filósofo*.

Mas muerto que vivo siguió el padre Abregú á los bandidos que, á una señal de su jefe, se sentaron formando círculo y poniendo en el centro al prisionero.

—Dígame usted, padre, la verdad purita, porque le vá el pellejo si me embauca. ¿Estará Dios en la hostia que consume un fraile crapuloso?

—Hijo, esos son puntos teológicos que.....

—Nada...! Conteste usted sin circunloquios. ¿Baja Dios ó no baja?

—Yo te diré, hijo, que puede ser que lo haga con un poquito de repugnancia; pero lo que es bajar si baja, no te quede duda.

Rióse el capitán de montoneros y dijo:

—Vaya, padre, veo que no es usted molondro, y medio que empiezo á reconciliarme con usted. Ahora, veamos lo que hay en la alforja.

Una botellita de vino dulce, medio pernil, algunos panes, un cuarteron de queso y otros comestibles, fué todo lo que contenía la alforja, y en pocos minutos dieron cuenta de ello los ladrones.

—El caballo no es malejo, aunque podía ser mejor, y con él me quedo. Ahora, padre, uno de estos guapos lo sacaré del monte y lo pondrá en el camino para que siga á pié su viaje.

—Alto, hermanito! Soy achacoso y mal puedo, sin gran fatiga y peligro, hacer la media legua que me falta para llegar al Barranco. Suyo es el caballo; pero le ruego me lo preste, que palabra le empeño de devolvérselo antes de una hora.

—Casi casi estoy tentado de acceder por ver si cumplo.

—Acceda, hijo, y lo palpará.

—Pues convenido y ¡cuenta con engañarme! porque entónces donde lo pille le clavo una puñalada, que guindarme una sotana es para mí como sorberme un huevo fresco.

Sacado del monte el padre Abregú cumplió religiosamente el compromiso.

II.

El Barranco, por aquellos tiempos, apénas se

componía de la ermita, alzada para dar culto á la milagrosa efígie aparecida en ese sitio, y unos pocos ranchos de estera habitados por indios. Ni Domeyer ni Bregante habían soñado aún en habitarlo y formar de él un precioso arrabal de Chorrillos.

A media noche el *Filósofo* llamaba cautelosamente á la puerta de la ermita, y el capellan no demoró en abrirle.

—Padre, me ha sido usted simpático porque es hombre de palabra. En prueba de ello, le traigo una mulita en cambio de su caballo, y como contraseña para que á la distancia lo conozca mi gente, y en vez de incomodarlo lo proteja, le encargo que siempre que venga al Barranco se ponga su sombrero de teja, que el de jipijapa es mucha *guaragua* para un sacerdote humilde.

—Corriente, hijo, por eso no pelearémos. Vé con Dios y con mi bendicion.

Y desde la semana siguiente, el mansísimo padre Abregú se convirtió en el tipo que nos ha legado el lápiz de Pancho Fierro, sin que despues hubiera habido forma, ni por Dios ni por sus santos, de hacerlo renunciar al sombrero de teja y á la mula flaca.

Lima, Enero de 1878.

RICARDO PALMA.

La pileta de San Bartolomé.

Ahora... cuarenta años, tenía sus riesgos, y muy graves, salir á la calle despues de las oraciones; y si el tiempo era de invierno, en que las noches son oscuras á causa de los rebozos que se ponen para abrigarse contra el frio, era cosa de temblar separarse dos ó tres cuadras de la plaza principal.

Por cualquiera parte que anduviera un pacífico ciudadano, no oía sino las voces de ¡atajen! ¡atajen!, voces que anunciaban que un prójimo había perdido la capa ó el sombrero que le habían *arranchado*, ó que una prójima había sufrido igual percañe con su pañolon ó sus aretes.

Los encapados, á quienes estaban encargadas la tranquilidad y el orden público y la seguridad de la vida y de la propiedad, no bastaban para el trabajo incesante que les proporcionaban los comunistas prácticos; y muchas veces les parecía mas oportuno entrar en amistosos arreglos con ellos, que emprender guerra con adversarios cuyo número era indefinido.

Entre las calles que gozaban de mayor crédito por el abrigo protector que dispensaban á los amantes de la buena vida sin las fatigas del trabajo, ocupaba el primer lugar la llamada de la *Huaquilla*; uno de los callejones de esa calle era el punto de reunion de varios de esos ciudadanos; allí celebraban sus *clubs* (esta palabra no se usaba entónces) y arreglaban sus planes de ataque, así para los asaltos en plena calle, como para su introduccion en las casas.

El director ó jefe de esa corporacion era un famoso José Toribio, hermoso negro que podía haber servido de modelo para un Apolo de brea ó de carbon de piedra; de edad de veintinueve años, de una estatura hercúlea y de unas fuerzas tales, que en uno de sus muchos combates con los *encapados*, tomó á dos por la cintura, uno con cada mano, les dió unos cuantos golpes, espalda con espalda, arrojándolos despues en direcciones opuestas, como á tres varas de distancia.

Aunque Toribio no había estado en Europa, ni había leído, por no saberlo hacer bien, la organizacion de las bandas de Mandrin y otros filántropos de esa especie, organizó la suya por un sistema que haría honor á las mismas sociedades de Beneficencia de la República.

Los miembros eran titulares, honorarios y meritorios; las atribuciones de cada grupo estaban claramente detalladas; y los *golpes* estaban tan bien combinados que pocos dieron en fallo.

Los auxiliares mas poderosos de los miembros activos titulares eran los porteros y los cocineros que facilitaban la entrada á las casas en altas horas de la noche; y para los *golpes* en las calles, se contaba con una banda de música compuesta especialmente de guitarristas.

Hacia un frio de cordillera la noche del 6 de Agosto de 1832; un caballero, elegantemente vestido y adornado de alhajas, sintió una necesidad de grado menor y se aproximó para satisfacerla á la pileta de San Bartolomé, en la calle del mismo nombre y apellido; cuando ménos lo pensó, puesto que el hombre piensa siempre ménos en lo que tiene mas cerca ó es mas posible, se encontró fuertemente asido de los brazos, por detrás, y una mano vigorosa que, tapándole la boca, le impedía gritar. En un momento desnudaron al elegante quitándole hasta las botas y dejándole solo en calzoncillos y medias, pues los alumnos de Toribio, para apoderarse de los botones de brillantes, juzgaron mas expedito llevarse la camisa con faldas y todo. Luego que terminó la operacion, los ladrones no echaron á correr, sino que esperaron la voz de alarma que el robado debía dar, para seguir ellos sobre ese tema.

El semi-Adán, luego que se encontró á cierta distancia de los que le habían puesto á todo fresco, gritó: ¡ladrones! ¡me han desnudado!

En el acto rompió la banda y rompieron las voces que cantaban en alta voz:

¡Ladrones! ¡me han desnudado!
Los jueces y los arcades
Que mi pleito han sentenciado
Son unas armas perdidas:
¡Ladrones! ¡me han desnudado!

Al escuchar los gritos de la víctima, se acercaba al sitio de la escena una ronda de *encapados* con su respectivo comandante; pero al creer que esas voces salían de una pandilla de jóvenes de buen humor que se divertían inocentemente cantando por las calles, tuvo la ronda por conveniente juntarse con la gente alegre y en buena paz y compañía se dirijieron á la portada de Cocharecas, centro, núcleo, foco y semillero de gente *non sancta*. El jefe de la banda obsequió con una finura exquisita á los *encapados* y les cargó tanto la mano que empezó por hacerles cantar en coro *¡que me desnudan! ¡me han desnudado!* y cuando creyó que ya estaban bien *pasaditos* los hizo amarrar, les robó las capas, los sombreros y las cuerdas, y los dejó poco ménos que *turulatos* y sin saber qué hacer con sus honestas personas, despojados ya de

los atributos de autoridad, que consistían especialmente en las cuerdas.

Sin embargo, el Sr. Sub-prefecto recibió al siguiente dia un pomposo parte, segun el cual los valientes encapados, despues de una heroica lucha de mas de dos horas, habían cedido ante el número de malhechores, que pasaban de ciento cincuenta.

El hecho de que el robado en la Pileta, hubiese sido vecino del barrio y de que naturalmente hubiera referido su desagradable lance á sus parientes, relacionados, amigos y vecinos, hizo que por muchos años se diese á esa calle el nombre de: *que me desnudan*.

Ahora vivirá algun sastro en esa calle; no lo dudo; pero aunque para sus parroquianos sea la de *Aquí me visten*, para la historia de esta muy noble ciudad de los reyes, será siempre la de: *¡Que me desnudan!*

M. A. FUENTES.

La pantorrilla.

Uno de los curas de almas que con mas crédito y mas provecho para sus alforjas era párroco de San Juan de Matucana, tenía inteligencia sobrada y buen humor excesivo, *ingredientes* que, amen del sentido comun que lo caracterizaba, lo constituían un varon (con *v*) célebre en su especie.

El Dr. D. Tomás Candiote era pues, entre los curas, el que se distinguía por su talento, buenas maneras y desinterés, condiciones negativas para los demás curas de la República.

Y este presbitero alojaba y dió siempre régia acogida á los transeuntes para ver de cerca por donde despuntaba su amor propio; mejor dicho, cual era el pié por qué cojeaban ó el tema de su candidez.

Inmediatamente orientado del *por qué* de la simplicidad de su huésped, el cura repetía con aire de triunfo: *es un bobalicon*.

Y nada mas exacto; descubierto el *flaco*, el cura se reía, apuntaba en su libro verde ó azul, la causa por la cual el peregrino le *debía al santo* y muy bonitamente lo despedía.

Esta operacion, repetida con ahinco por el buen clérigo, le proporcionó un caudal de experiencia sin límites y, en punto á tontería, nadie le pudo jamás meter dado falso.

Muchos y muy repetidos fueron los visitantes á Matucana, á quienes acogió confortablemente el Dr. Candiote, para darse gusto á costa del *candilon* del prójimo y reir á mandíbulas batientes de su simplicidad.

Llegó á Matucana, afectado del pecho y del pulmon y en tránsito para Jauja, un tal D. Bartolomé Argado á quien el curita recibió con todos los honores de costumbre para explotar su candor y dar pábulo á la hilaridad.

Setenta y tantos dias permaneció el huésped en el curato, y á pesar de las preguntas y de las argucias del hospedante, no descubría la tontera buscada.

Inútiles fueron los esfuerzos del cura, infructuosos sus ardidés y nulas y de ningun valor ni efecto las trampas que le puso para que cayera en ellas; el pasajero de Candiote era un hombre sensato, instruido y de sentido comun.

A los cuarenta dias de pascana decidió seguir su marcha y dispuso lo conveniente, con vénia del señor cura, para que le ensillaran su mula

alazana, le prepararan su fiambre y le pagaran su chuncho-guia.

La tristeza del cura reconocía por origen oculto haber gastado buenos reales en dar posada al peregrino sin encontrarle *adefecio* alguno, y esto lo exasperaba hasta lo infinito.

Una vez montado en su mula el dicho D. Bartolomé y dando las gracias al cura por sus buenos servicios, notó éste que la correa de la polaina se había roto y que la pierna quedaba descubierta, pues el pantalon se subía mas allá de lo preciso; lo que hecho presente por el párroco al transeunte, no fué tomado en consideracion por éste, quien con una arrogancia *sui generis* le contestó:

—“Descúe U. que se me vea la pierna, porque yo tengo muy buena pantorrilla.”

Agregó al dicho el hecho de arremangarse los pantalones y de descubrir toda la parte en que cifraba sus complacencias y de la que refirió prodigio y medio acerea de la admiracion que había producido por *do quiera* y de las conquistas que había hecho en el sexo femenino.

Terminada la peroracion, el hético pantorrilludo siguió su camino y el cura, riendo á caquinos, decía:

—“Al fin y al cabo me descubrió la pantorrilla.”

ACISCLO VILLARÁN.

Foro peruano.

Juicio de trigamia.

(Continuacion.)

DECRETO.

Lima, ciudad en que truena:
Dia de la noche buena.

Tiempo es de que entre en jarana
La señora moqueguana;
Y con el fin indicado
Se le confiere traslado.
Lo mandó así el Provisor,
Quien, por el mucho calor
Está como un esqueleto,
Y lo rubricó.—B. Neto.

NOTIFICACION.

En Lima, y el mismo dia,
Busqué al Doctor Brocha Gorda,
Y me encontré con su tía,
Que es una señora sorda:
Díjele que era escribano,
Y me contestó: *no quiero*;
Pues al ver papel en mano,
Me tomó por un suertero.
Quise entregarle una esquila,
Con trascripcion del decreto;
Y me llamó *sanguijuela*;
Y doy fé.—Benito Neto.

ESCRITO DE APREMIO.

Cornelia Vaca Ganosa,
Esposa de Toro Espada,
Parezco ante Useñoría,
Que es juez digno de alta fama,
Y digo: Que con exceso
Há tiempo que en mi demanda
Usia corrió traslado
A la moza moqueguana
Cuya causa patrocina,
Con intenciones *non sanctas*,
Un tal Julio Lucas Jaimes,

Letrado que en Chuquisaca
 Dejó nombre por ser siempre
 Defensor de malas causas.
 En asuntos criminales
 Tuvo suerte tan estraña,
 Que nunca escapó de la horca
 El reo que él amparaba.
 En Lima lo conocieron
 Luego hasta las cucarachas
 Por pintor de brocha-gorda,
 Oficio en que no hizo baza.
 Absorta estoy, pues, de verlo,
 De la noche á la mañana,
 Convertido en abogado
 É informando ante la Sala.
 Dios se la depare buena
 Al que entre sus manos caiga,
 Pues de que ganara un pleito
 Tradicion pienso que no haya.
 Parece que hoy tinterillo
 Es cualquiera papanatas,
 Y por eso solamente
 La justicia anda como anda,
 Y hay embrollos á docenas,
 Y hay disparates á mantas,
 Y abundan articuleros
 Y gente de ciencia falta.
 Al ver que el tiempo trascurre
 Y él no dice ni palabra,
 Recelo que me esté urdiendo
 Una abominable trama.
 Los autos en su poder
 Están, hace dos semanas,
 Tiempo mas que suficiente
 Para dar solucion clara
 Hasta en aquel entripado
 De San Francisco de Paula
 O en ese de los balazos
 De la calle de las Mantas.
 Pero al tal Jaimes le gusta
 Andar de corbata blanca
 Y su deber desatiende
 Por bailes y otras guaraguas.
 Y valgan, señor, verdades,
 A esa pobre moqueguana,
 Con pretexto de honorarios,
 La va á dejar sin estaca;
 Y maldito si ha pensado
 Dar en pró de ella piamada,
 Que es ese caballero
 Lo que se llama una alhaja.
 Toca, pues, á Useñoria
 Porque el retardo me daña,
 Apreñiarlo, aunque nos venga
 Luego con una enflautada.
 Y si al plazo perentorio
 Que los Códigos señalan
 No absuelve el traslado, dar
 La oposicion por no facta;
 Que así, fuera de combate
 La arequipeña bellaca
 Que se ha apartado del juicio
 Por andar... (yo sé cómo anda)
 Paseando por Piedra-Lisa
 Con Buxó (¡otro que bien baila!)
 Resta á Usía declararme
 Exclusiva propietaria
 Del amor y de la mano.
 Del capitán Toro Espada.
 Por tanto:
 A Usía suplico
 Que apremie, como es de práctica,
 Y si no entrega los autos

Meta en la cárcel al maula.
 Lima, á treinta de Diciembre
 Del año que ya se larga.
 A ruego de la Ganosa
 Lo firma—RICARDO PALMA.

AUTO.

*Lima, y Diciembre dia treinta y uno
 Del año que acabó como ninguno.*

Pues si ha tronado el cielo,
 Yo tambien trueno:
 No soy Juez de papilla
 Y estoy, como se dice, hecho un veneno.
 Aprémiese á ese Jaimes
 Y que en el dia
 Conteste, y si no lo hace
 Le clavo, como hay Dios, su rebeldía.
 Yo no entiendo de bromas
 Y á la cárcel lo meto...
 Conque así ¡andar derecho!
 DOCTOR LAMA.—Ante mí, *Benito Neto*.

NOTIFICACION.

En el dia de año nuevo
 Notifiqué el anterior
 Auto al Doctor Julio Jaimes
 En su casa habitacion,
 Puerta-falsa del Teatro
 Número cuarenta y dos.
 Me recibió bostezando,
 De lo cual se disculpó
 Con haber bailado mucho
 Allá en el Club de la Union.
 Me dijo que había olvidado
 Que aceptó el ser defensor
 Y añadió, al ver la amenaza,
 Cambiando de gesto y voz,
 Que obraba como un cangrejo
 El discreto Provisor
 En venir con zanguarañas,
 A hombre de su fuste y pró.
 Que haría lo que le diese
 Su gana, y que si el señor
 Juez era otro Cartulino,
 Un juez de los de hoz y coz,
 Parcial y poco sesudo
 Y á mas amenazador,
 A él le quedaba el recurso
 De entablar recusacion.
 Habló el hombre por los codos,
 Y sin embargo firmó.
 (Yo murmuré: ¡Palangana!)
 JAIMES.—*Neto y Truquiflor*.

OTRO ESCRITO DE APREMIO.

Discretísimo señor:
 Cierta Doctor patilludo
 Y un tantico melenudo,
 De *La Patria* Redactor,
 Engañando á los incáutos
 Con interminable páusa,
 Mantiene *coja* la causa,
 Porque se llevó los áutos.
 A mí chino le envié
 Para que él los entregára,
 Y puso muy mala cara
 Y le arrimó un puntapié;
 Así el litigio está en tregua
 Y toda accion se suspende,
 Por culpa del que defiende
 A la niña de Moquegua.
 Esto vá á paso de buéy;
 Y es necesario ser cáutos.....
 Con que devuelva los áutos

Con la multa que es de ley.
 Esto es lo que pido yo
 De la justicia en provecho
 Porque me asiste derecho
 Y porque sí... P. Buxó.

DECRETO.

En Lima, y á tres de Enero:
 Sáquense por el portero,
 Sin multa por esta vez.—
 RÚBRICA DEL SEÑOR JUEZ,
 Que es Provisor y Discreto.—
 Ante mí—*Benito Neto*.

Variedades.

Los escépticos.

"No creer nada es creer... muchas tonterías."

(***)

I

Le digo á V. que hay de todo en la viña del Señor.

El exceso de fé conduce al fanatismo: el exceso de mala fé, la incredulidad, es el camino recto y seguro para llegar al escepticismo.

De escéptico á demente, hay tanto como de fanático á necio: ¡ya ven VV., á tiro de bala!

Un escéptico es un bicho raro, un fenómeno, un sér inconcebible.

El que, hablando de un escéptico charlatan, dice: "Es hombre de talento", no sabe lo que es talento, ni tiene la mas ligera nocion de los deberes del hombre.

El escepticismo es hermano de la excentricidad: hasta por su etimologia se parecen algo estas palabras. Para dudar, es necesario saber algo de lo que se duda: el escéptico sabe que piensa y sin existir no pensaria. Sin embargo, recuérdense VV. á Fitché y dirá con el sofista alemán que duda si vive ó nó.

Hay hombres que nacen para escépticos, como otros nacen para tocar el violon ó para hacer el oso, en donde quiera que se presenten.

II

Los escépticos notables en la historia pasan de mil; en las gacetillas de los periódicos habrán VV. leído infinitos chascarrillos sobre esos caballeros que, exagerando la sentencia de Santo Tomás, no creen ni lo que ven.

No voy á entretenerme en analizar las rarezas de aquellos excéntricos famosos: temo pasar por un erudito de ocasion, cuando no son de todo punto necesarios esos datos y ménos en *La Broma*.

Los excéntricos contemporáneos, esos ciudadanos que toman á chacota todo lo sério y que se ponen graves por cualquier tontería; esos altivos indiferentes que propagan la duda, sembrando la discordia entre los inocentes que aún creen algo, van á cargar con mi anatema.

Cuando un hombre público se levantó en plena Cámara Constituyente española, no hace muchos años, para combatir un discurso y se atrevió á exponer teorías escépticas, diez y seis millones y medio de españoles, exclamaron á una voz: «¡Es un ateo, casi un loco!»

Yo, que presenciaba aquella memorable sesion, comparé las doctrinas del hombre público con las de otros escépticos y encontré notable diferencia.

Aquel orador exponía sus razones, mas ó ménos acertadas; publicaba folletos, discutía, argu-

mentaba... pero los escépticos que VV. conocen, esos no razonan; no disienten.

Toda su lógica consiste en decir: "Este mundo es una máquina descompuesta...."

"Eso no es verdad, eso otro no existe, lo demás allá es una mentira."

¿Por qué?

Porque es mentira, porque no es verdad, porque es imposible... y porque no puede ser.

A estas razones, la mejor contestación es:

—¡Vaya, amigo, que V. se alivie!

III

Un amigo mío estaba hético y loco.

Era un escéptico de *primitivo cartello*; no pudiendo resistir la organización social, incrédulo tenaz, filósofo pesimista, se empeñó en pegarse un tiro después de almorzar.

La noche antes, escribió dos cuartillas y media de pensamientos... ó de medios pensamientos.

¿Quiéren VV. conocerlos? Conservo su cartera.

El estilo es el hombre, ha dicho Buffon, y conociendo los pensamientos de mi amigo, se le van VV. á figurar tal y como era.

"Tengo mejor idea de la muerte que de la vida."

(Repito que el autor se pegó un tiro después de almorzar.)

"Cuando me preguntan:

—¿Dónde has nacido?

Acostumbro á decir yo....

—Pero.... ¿vivo?"

¿Eh? ¿qué tal se explicaba el mozo? Pues eso es tortas y pan pintado en comparación con los pensamientos que siguen:

"La humanidad es la caja de obleas del Creador."

(¡Ya escampa y llueven obleas de colores!)

"Cada sér que desaparece, supone una carta de Dios al Limbo, al Purgatorio ó al infierno."

"En este último lugar, debe haber una correspondencia muy crecida: en la Gloria debe ser insignificante: por eso no hay mas que un cartero, que es ministro á la vez y tiene las llaves de la casa."

¡Ya pareció el ateo! pero con tales formas, que á cualquiera que por curiosidad tuviera ganas de serlo por un par de días, se las quitaba el estilo del difunto pensador.

Ahora la toma con las mujeres; pero debo advertir que entre el pensamiento anterior y el que sigue, hay en la cartera una nota que dice:

"He dejado empeñado el reloj en la calle de.... número.... casa de juego."

"Las mujeres enamoradas son locas ó tontas."

"El amor no es un sentimiento, ni nada de lo que dice un tal Victor Hugo."

"El amor es una ley derogada por el materialismo, que es el progreso."

En seguida le dá por lo grave á la cartera del difunto, y dice:

"Entre Dios y el hombre vivo hay comunicación constante."

¿La habrá también entre Dios y un cadáver?"

* *

"Dice Bécker que nadie ha dejado de llorar alguna vez."

Yo."

Me parece bien: ahí tiene VV. un filósofo que no concibe el llanto. ¿Concebiría la risa?

Porque de seguro que VV., aunque no la con-

cibiera, se estarán riendo de aquel caballero.

Pues aún hay mas sobre el llanto, y esto sí que es echarlo sobre el difunto.

"El hombre que llora, demuestra que le preocupan las cosas de la vida."

Para vivir bien, es preciso saber despreciar."

Entre estos renglones y los que siguen, hay otra notita que dice:

"Billete mío para la lotería de Lima, el 1,556."

¡Si me cayera el premio de los ocho mil duros!

Aprendan VV. á despreciar el dinero, de un filósofo... que juega á la lotería."

Y siguen los disparates:

"Quisiera hablar con Dios para ver si me convencía de que este mundo no es un vil juguete suyo."

Y así, como por vía de despedida, escribió por último estas cinco palabras:

"La muerte es la independencia."

Después de las cuales ¡pum! parece que se oye el pistolazo.

IV.

A un hombre como el autor de esa letanía, no le hablen VV. de familia, ni de trabajo, ni de amistad.

Los que creemos en algo de eso, estamos en Bábía.

Por supuesto que la generalidad de los escépticos, lo es por una de estas razones, todas ellas, de conveniencia:

Por ambición no satisfecha.

Por ser vanidosos y

Por ser tontos de la cabeza.

Fíjense VV. en ese caballero... hasta cierto punto, que, con las manos metidas en los bolsillos de un pantalón estrecho y con el sombrero encajado hasta la nariz, se pasea á las cinco de la mañana.

Es un señor muy grave, va pensativo, cabizbajo, luchando con un batallón de ideas que asaltan su cerebro.

Pregúntenle por curiosidad.....

—¿Es V. escéptico?

Y si contesta afirmativamente; si dice que no cree en dogmas, que no es partidario de ninguna religión conocida, que el mundo se desquicia, que la virtud no existe, que la verdad es una quimera y que detrás del cielo no hay mas que lo que él asegura, no le dejen VV. tomar aliento; acomóntanle en seguida, preguntándole:

—¿Tiene V. cuatro pesitos flojos?

—No señor—contestará de fijo.

—¿Dónde come V.?

—En casa de un conocido.

—¿En qué se ocupa V.?

—En hacer... teorías.

—¿A cómo se las pagan á V.?

—No encuentro comprador.

—Pues entonces, basta. Es V. mas bien que escéptico, otra cosa que no le quiero llamar.

—¡Llámemelo V.... no me enfado: todo me es indiferente.

—¿Sí?... pues entonces lo diré. ¡Es V. un perdido!

Echen VV. á correr antes que el aludido olvide sus creencias y se acuerde de que lleva bastón y habrán conseguido la regeneración de un sér inútil para la sociedad.

Si el escéptico que á VV. se les presenta es un caballero, filósofo novel, con pretensiones de sábio, parlanchin y osado, que habla mal del Cristianismo y ensalza la *anarquía* como la mejor

forma de gobierno, y niega todo lo negable, agrárénle, antes de dejarle hablar:

—¿Es V. escéptico, señorito?

—Hasta la médula de los huesos—contestará.

—Pues bien, ¿quiere V. decirme qué libros ha leído?

—¿Quién, yo? Todos los que V. pueda figurarse: Kant, Hegel, Fitché, Voltaire, Condorcet, la Enciclopedia entera y verdadera.

—Y dígame V... ¿ha leído á Santo Tomás?

—No; señor... ¡no he querido!

—¡Hombre, hombre! ¿y á Balmes?

—Muy poco... casi nada.

—¡Válgame Dios!... Pues entonces no es V. un filósofo, ni un hombre ilustrado, es V. un tonfo de la cabeza... y me quedo corto.

Y supongamos, por fin, que tocan VV. con uno de esos que se burlan del culto, que insultan al clero, que se rien de todo lo solemne y quieren empuqueñecer todo lo grandioso... ¡Oh, á ese... á ese! Cuando le vean VV. ó le oigan hablar con el desenfado propio de la ignorancia, hagan lo que un andaluz muy jacarandoso que estaba en una reunión, hartó, como todos los allí presentes, de oír disparatar á un majadero.

Mientras uno se empeñaba en discutir con él y otro quería citar ejemplos y otro le recordaba hechos, nuestro *guason* metió la cucharada y entrando en el círculo en que estaba perorando el nécio, dijo con mucha parsimonia:

—¿Saben VV. lo que á mí se me ocurre, para desconcertar á este caballero? Pues con dos palabras, le voy á dejar tamañito.

—No... no se moleste V., no me convencerá.

—Sí, que diga Fulano esas dos palabras.

El andaluz preparó al auditorio como si fuera á pronunciar un discurso trascendental: y de repente gritó con toda la fuerza de su pulmón:

—¡Que baile ese señorito, que baile!

V.

Quedamos en que los escépticos son incompatibles con la sociedad.

Se puede aspirar á reformar todas las instituciones, todos los sistemas, todas las creencias y tal es la difícil misión del sábio; pero querer destruir sin miramientos y sin lógica, condenar en absoluto la obra de tantas generaciones, sobre quimérico, sobre gigantescamente ilusorio, es pedantesco y despreciable.

¡Si se tolerase á cada escéptico la organización de su *falansterio*, proporcionándole recursos para arreglar un mundo á su manera... ¡cuanto aumentaría el número de las casas de orates!

Eloy P. Buxó.

El papel.

Estamos en el siglo del progreso;

El papel es monarca de la tierra;

Una cuartilla de papel, escrita,

(Y áquel que dice escrita, dice impresa)

Puede ser el vehículo, la clave,

De una revolución, en las ideas;

De un sentimiento al corazón robado,

De la baja expresión de las miserias;

Puede encerrar mil vidas y mil muertes,

Puede envolver el canto de una poema,

Puede ser el recibo de un casero,

Contener de una novia amargas quejas,

Ocultar los misterios de alguna alma,

La esperanza guardar de una existencia:

La palanca de Arquímedes, la X
Del intrincado, colosal problema,
A cuya solución se consagraran
Mil y mil sacerdotes de la ciencia.

El papel puede ser el bálsamo dulce,
Que cierre heridas en el alma abiertas,
Y puede ser veneno que destruya
El reposo feliz de una conciencia.

Mirad al rededor, ¿qué veis? papeles;
Novelistas que lanzan por entregas
El verdugo implacable del talento,
El editor, que publicando medra
Y á costa de un autor compra carruaje
Y en el asiento á sus autores niega.

El papel es la fórmula absoluta,
La última expresión, fija y coherente,
Del progreso del siglo diez y nueve,
Siglo de los papeles y las quiebras,
Etapa de las luces, en que el mundo
Se revuelve entre el fango y las tinieblas :

Laoconte moderno, al que aprisiona
Otra serpiente mas feroz que aquella...
Cuyos anillos opresores tienen
Un conjunto de infamias; la soberbia,
El vil mercantilismo, la codicia,
La farsa, el relumbron... las apariencias.....

El papel es el alma de este siglo,
Su complemento, su razon, su esencia!
Todas estas y mas observaciones
Hacia un gran filósofo y poeta
Contemplando la cuenta de su castre,
Cuenta que no pagó segun se cuenta.

E. P. B.

El matrimonio de la boticaria.

El muy simplon de Don Zoilo es un burro
cargado de plata; no cabe la menor duda.

¿Qué tal cuenta la que hace del macho pardo!
«Treinta onzas, dice, pierdo en él»; y si se le pregunta;
¿cómo así? responde:

«Ocho que valía el macho, diez que me daban
por él, y doce en que podría venderlo, son las treinta.»

Esta relacion la conocía por demás la boticaria,
á quien confiaba todos sus secretos, y como que estaba
al cabo de sus enfermedades de alma y cuerpo
y no podría asegurarse que si le curaba unas
no le aliviara las otras.

—Yo, señá Chomba, que por la violencia del
amor me veo en danza; yo que, de jóven, he huido
de trabajar mis extremos, pues no bailaba para
no maltratar los piés, ni pensaba en amores
por no fatigar la cabeza, hoy me veo cojido de
centro y son víctimas mis extremos.

Cuarenta años de trabajo en la chacra, para
avanzar mis reales. ¡Oh fatalidad! Hoy me vuela
la cabeza esa muy pícaro viudita, que me tiene
tan amarrado como un lio de charqui. ¡Ay, señá
Chomba! ¡El amor acaba con uno!

—Tiene V. razon, Don Zoilo, bien decian en
mi tiempo:

Amores y dinero
Quitán el sueño,
Yo como no los tengo
Qué bien que duermen.

Y no poder curar á V. ese mal, porque el remedio
no está en la botica, si bien lo conoce la boticaria,
(¡Ay de mi difunto marido!) que le fué muy fiel
y que le sería á cualquiera.....

Este negocio tiene que entender; muy maduro
lo coje á V.; pero, hay la confianza de que lo que

ha sido buen vino, tiene que ser buen vinagre.
¡Y vamos! ¿La novia merece?

—Señá Chomba, que si merece, como que es
un pimpollo, Melchorita la viuda de Canalejas,
que como dicen, señá Chomba, para un viejo es
un huevo chimbo muy delicado.

—¿Y ya se ha declarado V., Don Zoilo?

—No, que no; ella se me ha declarado á mí,
como que me ha sacado de compadre con una re-
lojera bordada por su mano, con un letrado que
dice: «Dos corazones que se aman nunca pueden
olvidar»; y un negrito mas mono, con una déci-
ma de á cuatro, sacada de su cabeza, que dice así:

Compadre del alma mía
De parte de mi señora
Que se llama su Melchora,
Vengo con grande alegría.

Ya V. vé, señá Chomba, que esto quiere decir
mucho, y que echaré la casa por la ventana, como
que la voy á contestar una, que me la ha hecho
un jóven de mucha cabeza; tómeme V. el pulso,
señá Chomba.

De este viejo el pecho amante
Por costilla te desea
Que tanto buscó anhelante.
Y te he de ser tan constante
Como es al sobre una oblea.
Ya que del amor no escapo,
Comadre, por tí me inflamo,
Verás como nada el sapo:
Yo te amaré á todo trapo,
Si no me niegas tú mano.

Como vé V., la cosa no es para quedarse por
carta de ménos, que el bachiller se pinta para estos
casos, como que tiene cuatro muchachas en-
ganchadas ya; y sigue practicando con buen resultado.

Lo único que me arredra, es lo que gastan las
mujeres en el día, que es para asustar; y si tras
de esto me sale la viuda parendera..... ¿quién la
contiene?

—¡Ay, Don Zoilo! Si todo cuesta un sentido,
que una cosa es repicar y otra es ir en la procesion.
Y si le dicen á V., de novias, *contigo pan y
cebolla*; despues, *quien no tiene vuelo, no se sienta
en trasto*.

D. Zoilo siguió visitando la casa de Melchorita;
pero se supo que en esta, solo hacía un papel
ridículo. Era objeto de risa, no solo de ella, su-
ensueño, sino de su primo, al parecer, ensueño
de Melchorita.

¡Cuántas veces, dicen haber visto á D. Zoilo,
de gallina ciega, cuántas jugando á los huevos,
cuántas al cedazo y en todas las veces, perdido;
el amor, á la edad de D. Zoilo y con la rudeza de
éste, tenía que conducirlo á ese punto, víctima de
su torpeza.

Pasado un mes, en que, resentido con señá
Chomba no ponía pié en la casa, á causa de decirle
ésta, lo mal que hacía en tales visitas, se apareció
una mañana; y cuando la boticaria creía que
vendría á darle parte de sus bodas, éste le vino
á poner al corriente del fin de sus amores; del
desenlace inesperado, como raro que tuvieron, y
así le dijo á la boticaria: «Señá Chomba de mi
alma! ¡Nunca creí en esto! Ya he perdido la fé
con que podía creer en el amor.»

«Una noche despues de unos celillos indiscretos,
por el primo, dejé de ir á su casa, y arrepentido
yo, busqué forma y modo de hablarla; creí
verla en la ventana y la oscuridad de la noche, el

temor de ser mal recibido... todo contribuyó á un
engaño fatal.

—«Melchorita, la dije, ¡yo te amo! ¡perdóname!
soy indiscreto y rudo: y qué sé yo qué cosas mas;
la pedí la mano para besarla; suponiendo yo
ablandado su corazón, pues me alargó su mano,
yo con el entusiasmo del mas leal amante, fui á
estamparle un beso; y ya por su aspereza como
por el olor extraño, dudé; pero me dije: habrá
comido jamon del país, y (cosas de limeña, se
descuidó) beséla, pero... ¡horror!

—«Su merced se engaña, dijo Gervasia la negra
pícaro, jalando su negra mano, que serviría,
sin duda, poco ántes, para lavar los platos.»

—«Negra, la dije, infame!» Y oigo con estos
oídos la carcajada del primo y la de Melchorita.
¡Horror! Dí un salto, partió el macho pardo,
corrió tras él, y solo volví con el pellon.

¡Amor y macho...todo perdido!

—Yo me alegro, le dijo señá Chomba, iba V.
á ser el pato de la boda, el buey del nacimiento,
como que la Melchorita, con quien V. pretendía
lazo, ya tiene la cinta; ya puede V. decir:

Amor y macho, señora,
Se me perdieron á un tiempo:
¿Qué amor, ni qué calabaza?
El macho es lo que yo siento.

Y que en ello van treinta onzas, segun su cuenta.
Hay remedio para todo.

—Una venganza es lo que yo quiero, dijo D.
Zoilo furioso.

—Mi plan es bueno y tiene de todo, dijo señá
Chomba.

Yo estoy todavía enterita y libre, pues soy viuda
(ahí está el dependiente que no me dejará mentir):
V., D. Zoilo, lo que necesita es una mujer económica
y como para un hombre de trabajo... ¿si V. se anima?

—Bien dicen que matrimonio y mortaja, del
cielo baja, dijo Zoilo; y dándole la mano aseguraron
el resto de su vida, segun crónicas, como lo manda
la santa Madre.

V. MÉRIDA.

Un amor á toda prueba. (1).

Ricardo y Rosmunda se amaban entrañablemente;
el padre de Rosmunda, que veía con placer la inclinacion
de su hija hácia Ricardo, concedió á este la mano de
aquella, tan luego que le fué pedida. Ocho días ántes
del señalado para el casamiento, Ricardo cayó enfermo
de tal modo que se temió por su vida, y apesar de haber
salvado de lo inminente del mal, su convalescencia fué
tan larga y penosa que los médicos opinaron que no se
operaría un completo restablecimiento si el paciente
no pasaba á tomar los baños termales de Yura.

Ricardo se oponía á este viaje solo por no separarse
de su querida; pero al fin se decidió á partir á causa de
que el padre de esta se hallaba en la urgente necesidad
de hacer un viaje á Trujillo á donde determinó pasar
acompañado de su hija. Este viaje debia ser de cuatro
meses, durante los cuales se restablecería Ricardo de
manera que este estaría ya en Lima al regreso de
Rosmunda.

Fácil es suponer las lágrimas, suspiros y protestas
de fidelidad de los amantes al tiempo de separarse.
Ambos se embarcaron en el Callao, el mismo día;
y despues, de cambiarse sus retratos,

(1) De la cartera vieja.

convinieron en escribirse todos los días 15 á la misma hora.

Escusaré narraciones, tal vez inútiles, y haré conocer á mis lectores el progreso y fin de la constancia de estos amantes, en la correspondencia siguiente, suponiendo ya á uno y otro en los puntos á donde se habian dirigido.

CARTA 1.ª

RICARDO Á ROSMUNDA.

Yura, Enero 15 de 1846.

A las doce de la noche.

Mi adorada Rosmunda:

Desde el momento de nuestra separacion, mi corazon sufre las mas acerbias agonias distante de tus encantos que hacian mi existencia alegre y feliz; no me es dado sino suspirar continuamente por el momento de volverte á ver y de unirte á tí para siempre. No hay un instante en que no dé mil besos á tu retrato y no le haga las caricias que la distancia me impide hacerte personalmente.

Parece que los médicos escogieran para mi convalescencia un lugar triste y solitario donde me fuera mas sensible vivir separado de tí; no encuentro aquí una sola persona cuya sociedad puede serme grata y mi vida es aislada cual la de un anacoreta.

Tu amor solo me alienta; y la esperanza de que serás mia sostiene una existencia que solo apetezco para que seas dueño de ella.

Adios, mi adorada Rosmunda, saluda á tu padre de mi parte y recibe el corazon de tu

Ricardo.

CARTA 2.ª

ROSMUNDA Á RICARDO.

Trujillo, 15 de Enero de 1846.

A las doce de la noche.

¿Qué te diré, mi adorado Ricardo, que tú no sepas? Tú me amas con la misma fuerza que yo te amo y por consiguiente tu corazon te dará á conocer con mas exactitud que mi pluma, cuanto sufro desde que estoy separada de tí.

Este pueblo nada ofrece de grato ni de apasante para distraer el ánimo preocupado de una mujer que ama; aunque, para decir verdad, amo el aislamiento en que vivo, pues en medio de él mi imaginacion vuela hacia tí y me ocupo en renovarte con el corazon los votos que has oido de mis lábios. ¡Cuántas veces he dirigido la palabra á tu retrato, creyendo que al oír mi voz se había de animar para contestarme! ¡Cuántas veces, en medio de mis sueños, he creído verte y hablaste!

¡Ah! mi Ricardo, ahora he conocido que en mi pasion no cabe aumento y que mi corazon se conserva para tí tan tierno y puro como la primera vez que el amor lo hizo latir.

Adios, mi amado Ricardo.—Yo te abrazo.

Rosmunda.

CARTA 3.ª

RICARDO Á ROSMUNDA.

Yura, Febrero 15

A las doce de la noche.

Mi amada Rosmunda:

La lectura de tu carta ha servido de mas alivio á mis males que cuantas medicinas empleo para combatirlos; sin embargo, los baños me son bastante benéficos. Este pueblo empieza á serme menos desagradable á causa de haber encon-

trado en él á un antiguo camarada de colegio que tiene relaciones con las pocas familias del lugar; hace cinco dias que me presentó en la casa del administrador de correos que tiene una hija de diez y ocho años en extremo bella y amable; no te ofendas, querida mia, pero la semejanza de esta jóven contigo es tan grande que casi estoy por decir que la amo por esta circunstancia. Todas las noches las paso en casa del administrador y su hija nos hace oír al piano trozos de Bellini y Donizetti, debiendo advertirte que semejante cosa por acá es tan apreciable, como debió serlo el maná del Cielo á los israelitas en el desierto.

Creo que pronto estaré completamente restablecido y que no tardará en abrazarte tu

Ricardo.

CARTA 4.ª

ROSMUNDA Á RICARDO.

Trujillo, 15 de Febrero de 1846.

A las doce de la noche.

Mi amado Ricardo:

¡Cuántos sentimientos se excitaron en mi corazon al ver tu carta! amor, placer, esperanza y orgullo; pues tales son los afectos que dominan en una mujer que ama y que se cree amada con preferencia á toda otra. En mi carta anterior te dije con injusticia que en esta ciudad nada había de bueno ni de agradable; te hablé sin conocer el pais y sin tener idea de la amabilidad de sus habitantes. Mi padre ha recibido muchas visitas y entre ellas la del hijo de un rico negociante; este jóven, Ricardo mio, tiene poco mas ó ménos tu misma edad y su figura y carácter lo hacen tan semejante á tí, que no tengo embarazo para decirte que le profeso un afecto particular; las mas de las noches pasa dos ó tres horas en mi casa y nos recrea grandemente tanto con lo ameno é instructivo de su conversacion cuanto con los mas brillantes trozos de Sor y de Caruli que ejecuta en la guitarra con mucha perfeccion y gusto.

Mi padre te retorna tus recuerdos; y yo te reitero los votos de mi amor.

Adios mi Ricardo; tu

Rosmunda.

CARTA 5.ª

RICARDO Á ROSMUNDA.

Yura, Marzo 15 de 1846.

A las doce de la noche.

Mi querida amiga:

Jamás pude pensar que en este pueblo hallara mi corazon el contento y la felicidad que solo creí encontrar á tu lado. La bella Eulalia, la hija del Administrador, descubre cada dia nuevos encantos que por su májico atractivo me arrastran á adorarla con todo el fuego de un pecho de veinte años. La otra noche dió su padre un baile y como esta poblacion es tan pequeña, apenas había en él veinte mujeres é igual número de hombres; figúrate, amiga mia, cual sería mi placer al ver á todos los jóvenes rendidos á Eulalia y que esta se mostrara desdeñosa para todos y amable y complaciente solo para conmigo.

Te aseguro que siento infinito no haber venido desde la primera vez que me lo indicaron los médicos; pero en recompensa á la tardanza no puedo abandonar tan pronto este pueblo apesar de que estoy ya completamente sano. Me parece que no tendré suficiente valor, ni la resignacion necesaria para apartarme de Eulalia.

Adios, amiga mia, yo te recuerdo con alguna frecuencia.

Ricardo.

CARTA 6.ª

ROSMUNDA Á RICARDO.

Trujillo, Marzo 15 de 1846.

A las doce de la noche.

Mi querido amigo:

Si quisiera pintarte mi alegría y mi felicidad desde que Eulogio, el hijo del comerciante, frecuenta mi casa, emprenderia una obra superior á mi capacidad. ¿Lo podrás creer? Las horas se me pasan en su compañía con la misma ó mayor celeridad que ántes se me pasaban en la tuya; sus miradas tienen tanto fuego y su voz tanto encanto que no puedo dejar de sentir á su lado las mas dulces y vehementes emociones. Hace seis dias que fui convidada á un paseo compuesto de muchas personas de cuyo número era Eulogio; jamás he visto un caballero mas galan y atento conmigo; es verdad que llegué á ruborizarme de ver la preferencia que me acordaba públicamente y la indiferencia con que se comportaba hacia las otras damas. Creo que me sería imposible separarme el mes entrante de esta ciudad, y estoy empeñada en que mi padre prolongue algo mas su permanencia en ella.

Adios, amigo mio, piensa en tu amiga.

Rosmunda.

CARTA 7.ª

RICARDO Á ROSMUNDA.

Yura, Abril 15 de 1846.

A las doce de la noche.

Señorita Rosmunda:

Tengo la honra de anunciar á U. mi matrimonio realizado ahora dos dias con la señorita Eulalia de Gonzales.

En razon de mi nuevo estado, creo preciso remitir á U. sus cartas y su retrato suplicándole se digne hacer otro tanto.

B. L. P. de V.

Ricardo de Mendoza.

CARTA 8.ª

ROSMUNDA Á RICARDO.

Trujillo, Abril 15 de 1846.

A las doce de la noche.

Señor Ricardo:

Hace dos dias que soy la esposa de Eulogio de Garrido, y tengo el gusto de anunciar á U. mi nuevo estado.

Para entrar en él he quemado las comunicaciones de U. y arrojado á un pozo su retrato, sirvase U. seguir mi ejemplo.

Su amiga

Rosmunda de Garrido.

M. A. FUENTES.

Kaleidoscopio.

Profecias.

Segun oculta doctrina
De muchos sábios de antaño,
Doce meses tendrá este año
Si no se descompajina.

Segun cálculo oportuno
De un gran sabio portugués,
Treinta dias tendrá el mes
Si no le roban alguno.

Serán hembras las mujeres
Sin perjuicio de la edad;
Tendremos moralidad
Prendida con alfileres.

Sufriremos el castigo
De nuevas contribuciones,
Abundarán los gorriones
Y escaseará mucho el trigo.

Lo justo será cabal;
Será muy negro el betun,
Habrá sentido comun
Si no hay lucha electoral.

Tocando ciertos registros,
Que no son para contados,
Vivirán atornillados
Al sillón ciertos ministros.

Tirá al monte la cabra;
Será difunto el que muera;
Hará el poder lo que quiera
Sin decir una palabra.

Con las lluvias habrá lodos,
Y será cosa de reir
Que nadie pueda vivir
Si no se come los codos.

Puesto todo así en un tris,
Por culpa de los partidos,
Seguiremos divertidos
Hasta que se hunda el país.

B. NERO.

Dísparates sancionados.

En el lenguaje familiar se han introducido algunas frases de cajón que son la parte imprescindible de él.

Y no es lo peor esto, sino que el diarismo se ha apoderado de ellas, y en mas de un editorial ó sea artículo de fondo, por poca profundidad que tenga, salen á relucir el *hoy día* que pudiera ser muy bien hoy noche, amen de que no existe dolor si no es profundo, ignorancia si no es supina, artista si no es eminente, etc., etc.

Tales exajeraciones de reto y tan repetidas barbaridades atrincheradas en las columnas cerradas de los editoriales de la prensa ilustrada, deberían ser combatidas por los jefes de la literatura nacional, si es que existen.

Los amantes.

No deja de tener tres bemoles y medio esto de que todas y cada una de las instituciones científicas, literarias ó agrícolas, saque á lucir el *amor* sin son ni ton.

Y para comprobar esta verdad baste enumerar, poniendo en fila las sociedades que enamoradas de si mismas ó sea por efecto ó *afecto* del amor propio, se intitulan amorosamente amantes.

Helas aquí.

“Amantes del saber.”

Id. de la medicina.

Id. id. de la escena.

Id. id. por id. del porvenir, etc., etc.

Faltan solamente los *amantes de Teruel* para que el eleuco amatorio quede completo.

Por lo demás, y prescindiendo del amor, capítulo de otra cosa.

Gusto refinado.

Dijo Jesus sin sonrojo

A María Salomé:

Por buen mozo, Don José,

Es que te ha llenado el ojo.

Conocimiento de causa.

—¿Conoces á Juan?— Sí sí,

En conciencia te respondo,

Dijo Rosa á Neptalí,
Porque lo conozco á fondo.

A. V.

Las miradas de la mujer.

La mujer que mira de frente y con audacia, es muy coqueta ó muy sabia.

La que mira por el raballo del ojo izquierdo, es orgullosa.

La que mira hácia el lado derecho, es maliciosa ó vengativa.

La que constantemente mira al cielo, me parece romántica, loca ó distraida.

La que mira al suelo, sin inclinar la cabeza, puede ser un ángel ó un demonio.

La que mira al suelo inclinando la cabeza, es tonta por los cuatro costados.

La que mira mucho hácia atrás, es voluble y anda á pesca de *victimas*.

La que mira á sus hombros, es indiferente á todo.

La que se mira al pecho, es presumida.

La que se mira las manos, puede ser la mas inocente de todas.

La que se mira mucho al espejo, suele quedar para vestir imágenes, y si se casa, el marido se divorcia á los pocos meses.

La mujer que sostiene mucho la mirada, revela discrecion ó mucho empeño en seducir á los hombres.

La que mira con poca fijeza y tan pronto á una como á otra parte, sin detener el movimiento de los ojos en sus órbitas, es una mujer estúpida, vulgar y mal educada.

La que no mira... ó es ciega, ó no es mujer.

Contrastes.

Anteanoche ví á Rosa... ¡qué preciosa!

Ayer ví á Dorotea... ¡puf ¡qué fea!

(Acabo de saber que Dorotea

Dá calabazas al que alaba á Rosa.)

—Por allí vá Avendaño... ¡qué tacaño!

—Aquí veo á Juan Trigo... ¡buen amigo!

(Le negó veinte duros Avendaño

Y el otro ¡qué inocente! soltó el trigo!)

Los que dan ¡oh lector! no siendo palos

Siempre son buenos: los que niegan, malos.

En los jardines de Aranjuez.

Allí nos vimos; tú buscando flores

Y yo buscando nidos:

En aquella alameda, á tus oídos

Hice llegar la voz de mis amores.

—¿Me quieres?— te decía:

Y tú, mirando al cielo,

Con ese inexplicable dulce anhelo

Que sueña un alma, un corazón y un día:

—Te quiero, cual se quieren—contestabas

Lasavecillas cuyo canto escucho.

Y al decirme esta frase, te apartabas

Y yo me aproximaba... tal vez mucho.

—¿Cuándo me olvidarás?— ¡Nunca!—decias,

Y arrobada ponias

Con entusiasmo ciego,

Tus manos de marfil entre las mías;

Y mas amante luego,

Al verme sonreir te sonreias.

Quedé solo... ¡impiedad de mi destino!

Y del verjel constante peregrino,

Cruzaba las sombrías alamedas

Entre las brisas ledas

Y escuchando las dulces armonías...;

Que recordaban mis alegres días.

Una tarde... ¡en invierno, no lo olvidol

Bajé al pensil, mas triste y abatido

Al ver las arboledas sin follaje...

Y creí percibir un leve ruido,

Precipité mis pasos; yo soñaba

Que tu imájen celeste apareciera

Del ancho Tajo en la feraz ribera

Y esta grata ilusion, fuerza me daba.

Corrí desalentado:

Al valle descendí; por la llanura

Veía cada vez mas apartado

El fantasma gentil de tu hermosura.

Te invoqué; la corriente murmuraba

Y el espacio mis gritos devoraba.

¡De pronto, oi mas ruido!... ¡ay! ¡prenda mía!

Salió un toro del duque de Veragua,

Le ví venir, me zambullí en el agua...

¡Y á resultas del baño de aquel día,

Estuve medio mes con pulmonía!

E. P. B.

Cantarcillo.

Roto un amor y devueltas

Las prendas que Juan le dió

A Isabel, la chiquitina

De la calle de la Union:

Segun dijo él, le faltaba,

(Y que tenía razon)

Un beso que dió en la Pascua

Como prenda de su amor.

Ella se quedó callada,

Pero el beso no negó

Como ella quería hacer

Una buena confesion,

La pobre Isabel á Juan

Dicen que se lo pagó.

Por mas que el cura quería

Aclarar esta cuestion,

No dijo dónde, ni cuándo,

Y ni lo malicio yo:

Al año siguiente en Pascuas,

Y recordándole aquello

Inés al cura volvió;

Diz que le dijo: Señor,

Como siempre quiero hacer

Una buena confesion,

Los besos que á mí me dán

A todos devuelvo yo.

V. M.

Cantares.

Fueron á un baile

Nieves y Fausto,

Ambos ya novios

Há mas de un año;

Ella romántica

Cuerpo delgado,

De tez tan blanca

Como alabastro:

Él era gordo,

De cuerpo bajo,

De esos que llama

La gente enanos:

Como pareja

Muy lo contrario,

Pero en amores

Nada hay estraño,

Ambos querían

Tenderse el lazo.

Picaro mundo

Lleno de engaño,

En todo mete

Su cola el diablo.

Tocaron polka,
Se inquietó Fausto,
Sacó á su Nieves,
Que era un helado:
No sé si torpe,
Al dar el paso,
Sentó de firme;
Pisó el callo:
Suelta ella el grito,
Tras de eso el llanto,
Sentóse al punto
Y sin reparo,
Se alzó la falda,
Sacó el zapato:
En el conflicto
Le miró Fausto
La pierna flaca
Y el pié muy largo.
Pero imprudente,
Nieves en tanto,
Le dió en la cara
Un zapatazo.
Pícaro mundo
Lleno de engaño;
En todo mete
Su cola el diablo.

Ambos entónces
Se resfriaron:
Él por la pierna
Tuvo un fin trájico;
La flaca Nieves
Sufrió otro tanto
Por el infame
Maldito callo.
Ambos se miran
Fieros, airados
Como diciendo:
—Vete ó te aplasto!
Y se retiran
Desventurados.
Pícaro mundo
Lleno de engaño;
En todo mete
Su cola el diablo.

Las malas mañas
JAMAS SE OLVIDAN.

Una señora,
Doña Pacifica,
Que era donosa
Cuando era niña,
Y que de joven
Daba mil citas,
Como fué franca,
Casó á sus hijas.
Con dos perdidos
Mozos de chispa.
Las malas mañas
Jamás se olvidan.
Pericó el loco
Que fué chupista,
Y casi, casi,
Pierde la vida;
Segun los sabios,
En medicina
Aseguraron
Que por manía,
Casó porque era
Turca la niña.
Las malas mañas
Jamás se olvidan.
Juan fué torero

Y hoy es rentista,
Pues que ha casado
Con una rica;
Y aunque de cuernos
Va con la niña,
Le saca suertes
A toda chica,
Y pone al padre
Las banderillas.
Las malas mañas
Jamás se olvidan.

Es un portento
En cirujía,
El Doctor Chin-Pun
Sabio en la China;
Y no pudiendo
Como quería,
A sus enfermos
Hacer visitas,
Puso en la casa
Carnicería.
Las malas mañas
Jamás se olvidan.

Doña Fernanda
Que fué modista,
Y en gran señora
Tornóla su hija,
Cuando cortaba
La tela fina,
Robaba trozos,
Guardaba cintas;
Y hasta en el hilo
Sacó sencilla.
Las malas mañas
Jamás se olvidan.

Un mataperro
Que mal vivía,
Metióse á fraile,
Cantó hasta misa;
Y en poco tiempo
Llegó á la mitra:
Descontó vales,
Prendas vendía,
Daba dinero
Con garantías;
Y en el palacio
Cató una mina.
Las malas mañas
Jamás se olvidan.

V. M.

A cazar salió Barata,
Hizo un tiro á unas perdices,
Le salió por la culata
Y se cazó.....las narices.

La bella Inés se bañaba
En la caleta de Ancon,
Y un joven que la miraba,
Con entusiasmo esclamaba:
¡Ay! ¡Quién fuera tiburón!

M. A. F.

El Gastrónomo.

De Febo la luz primera
Alumbra mi cuarto apenas,
Yo principio mi carrera
Por visitar alacenas.
Y cada plato que cojo
Con tal fuerza me provoca,
Que al que escapa de mi boca
Lo devoro con el ojo.

Beber es un gozo leve
Que no canta mi laud;
Si se está enfermo se bebe,
Se come en buena salud.
Yo pintara en mi alacena
Una imágen del Placer,
Sentada, la boca llena,
Sobre un soberbio pastel.
Quiero que un dia que yo entro
A casa de mi fondero,
Sea mi redondo vientre
Lo que se vea primero.
Quiero mi panza tan ancha
Y que de tanto de sí
Que si la puerta no se ancha
Ya yo no pueda salir.
Es artista soberano,
Es criatura divina,
Aquel que de su cocina
Gobierna al género humano.
Ministro del Hacedor,
Sacerdote, lo contemplo,
Porque la cocina es templo
Cuyo altar es el fogon.
Nuestros padres, es sabido,
Que á sus nupcias dieron fin
Con un bodorrio ó festin,
Y que luego recojidos
Estrechaban su cadena;
Así es que los que existimos
A este mundo venimos
De resulta de una cena.
Si el golpe final y cruel
La muerte fiera me faja,
Sea un mantel mi mortaja
Y mi cuja una sarten.
Y se pondrá en gruesas letras
En mi tumba esta inscripcion:
“Aquí descansa un poeta
Que murió de indigestion.”

(Traducido de Desaugiers por M. A. F.)

LA BROMA.

La Secretaría de la Redaccion y
la Administracion de este periódico,
están á cargo del que suscribe
instaladas en su domicilio
CALLE DE SAN ANTONIO 141,
bajos,
á donde se dirijirán los señores sus-
critores para todo abono, reclama-
cion, etc., etc.

Lima, Noviembre 1.º de 1877.
ELOY P. BUXÓ.

Sumario.

El sombrero del padre Abregú (tradicion), RICARDO PALMA. — La pileta de San Bartolomé, M. A. FUENTES. — La pantorrilla, ACISLO VILLARAN. — Juicio de trigamia (Continuacion). — Los escépticos, ELOY P. BUXÓ. — El papel, ELOY P. BUXÓ. — El matrimonio de la boticaria, V. MÉRIDA. — Un amor á toda prueba, M. A. FUENTES. — KALEIDOSCOPIO. — Profecías. — Disparates sancionados. — Los amantes, etc., etc.